



## CAPITULO IX

DEL DIRECTOR ESPIRITUAL

### ARTÍCULO I

DOCTRINA DE LOS SS. PP. SOBRE LA NECESIDAD DE UN DIRECTOR PARA CAMINAR CON SEGURIDAD Á LA PERFECCIÓN

Después de afirmar que un buen director es necesario para ser santo, dice S. Basilio: si te decides á servir á Dios y deseas eficazmente salvar tu alma, esmérate en elegir un padre espiritual, que de todos los abismos de la vida, cual marino experto, te saque á flote; cual valeroso capitán en los ataques, te aliente; en la noche de tu entendimiento te ilumine; en los saltos bravíos del corazón te guíe; en el estado de gracia te santifique, y, cuando estés muerto por el pecado te rescite.

Véase el tratado: *De renunt. sive abdicatione*, de S. Basilio.

S. Agustín, explicando el salmo 113, dice: es verdad que han existido algunos Santos extraordinarios, como Moisés, S. Juan Bautista, etc., que directamente de Dios han recibido su dirección, pero eran Santos extraordinarios y su misión era extraordinaria, y nosotros hablamos de lo trillado y ordinario. Y ¿acaso Moisés y el Bautista obraron sin órdenes expresas de su Divino DIRECTOR? ¿No eran, según Jesucristo, «arundinem vento agitatam?»

S. Gregorio, examinando las causas de esta inmediata dirección Divina, dice: la soledad, que no tenemos nos-

otros, el celo devorador contra todo pecado y *su peculiar misión* fueron las causas de tan prudente conducta por parte del cielo. Y la extraordinaria santidad por parte de los favorecidos, en tan palmaria contradicción con nuestra ruindad y miseria, ¿no mereció *ex congruo* tan inmediata comunicación místico-divina con el Legislador de Israel y el Precursor de la Ley de Gracia? (Vide S. Gregorium, dialog. I, cap. 1.)

Pero, escudriñemos más la razón providencial en los siguientes pasajes bíblicos:

Habla Dios á Moisés desde las llamas de la zarza y le nombra: *Moisés, Moisés*; y poco después, el mismo Dios se le descubre y le dice que es el gran Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: «Ego sum Deus patris tui Abraham, Deus Isaac, Deus Jacob» (2). Pero muy al contrario sucede en el siguiente relato de los Reyes (2): Habla Dios en lo más oscuro de la noche y en lo más profundo del sueño al joven Samuel; y le llama por su nombre tres veces: *Samuel, Samuel, Samuel*; pero no se le manifiesta como á Moisés, sino por medio del sacerdote *Elí* conoce la voluntad Divina y recibe del mismo Elí la dirección de su espíritu vidente y profético.

¿Por qué, exclama S. Gregorio, procede Dios tan diversamente con estos dos grandes profetas? La razón es, porque Moisés se hallaba en el desierto, donde no tenía con quien aconsejarse en aquella divina locución, y Samuel vivía en el templo, donde estaba el sacerdote Elí, del cual podía tomar pronto y oportuno consejo. (3)

Así discurre también Casiano (4) sobre este hecho de Samuel. Dios, dice Casiano, no quiere instruir por sí mismo á Samuel, sino que le obliga á ir una, dos y tres veces al sacerdote Elí; porque así le *prueba*: 1.º la virtud de la obediencia; 2.º si tiene ó no la aptitud para el ministerio de Profeta á que estaba destinado, y 3.º, para lección de

(1) Exod. cap. III, 6.—(2) I, Reg. cap. 3, 9.—(3) Gregor. Dialog. lib. 1, cap. 1.—(4) Cassianus, col. 2, c. 14.

los jóvenes levitas, quienes no deben dar un paso en el camino del espíritu sin la anuencia de su Director.

Otro ejemplo no menos convincente nos suministran los *Hechos de los Apóstoles* (1). Jesucristo en el camino de Damasco se aparece á Saulo, el Apóstol de las gentes: le convierte Jesús tan radical y eficazmente, que exclama S. Pablo: «Domine, quid me vis facere?» Y, no obstante tan santa disposición y maravillosa conversión, Jesucristo no le descubre toda su voluntad. Y ¿por qué será esto? Porque en Damasco habita un sacerdote por nombre Ananías, á quien podía recurrir. Quiere Jesucristo que Pablo oiga al sacerdote y siga su voluntad como intérprete de la divina.

¿No podía Jesucristo, pregunta Casiano (2) instruir por sí mismo á S. Pablo, como por sí solo le había vencido con las armas de la gracia efficacísima? Sí podía; pero no quiso, y lo ordenó así para darnos la instrucción solemnísimas de que *nunca* presumamos recibir de Dios aquella dirección que podemos recibir de sus ministros. Más aún. Recibe el Evangelio S. Pablo por Divina Revelación *et modo extraordinario* inmediatamente del mismo Jesucristo; predica con apostólico celo á las gentes, y, sin embargo, interrumpe su predicación y sujeta su doctrina al Príncipe de los Apóstoles, S. Pedro. ¿Teme equivocarse? No, porque es infalible y ha bebido la inspiración de la Divina fuente de toda verdad. Lo hace por humillación y cerciorarse más y más de su apostolado y predicación: «Ne forte in vacuum, currerem, aut cucurrisset» (3) ¡Tan transcendental es la dirección espiritual!

Aclaremos aún más esta importante doctrina con un hecho que refiere Casiano (4): Dos monjes que habitaban en lugares solitarios, más allá de la Tebaida, partieron de su monasterio; y, sin provisión alguna alimenticia, se internaron en aquellas vastas soledades resueltos á no comer

(1) Acta Apostolorum, cap. 9, 6.—(2) Cassianus, col. 2, cap. 5.—(3) Ad. Galat., 2, 2.—(4) Casianus, col. 2, cap. 3.

hasta que Dios *por sí mismo* les alimentase ó proveyese de comida. Mientras andaban pensativos por aquellos espaciosos desiertos, desfallecidos ya de hambre, se encontraron con un hombre, quien, al verlos pálidos, flacos y casi desmayados, les ofreció algunos panes con que restablecerse podían en aquella necesidad. Uno de ellos los aceptó, y con ellos se libró de la muerte. Mas el otro, llevado de la *temeraria* esperanza de ser socorrido *inmediatamente* por Dios, los rehusó; y no viniéndole provisión que imprudentemente esperaba del cielo, murió miserablemente.

Ahora, pregunta Casiano: ¿Por qué Dios, habiendo proveído de pan, por espacio de muchos años, á S. Pablo, primer ermitaño, sirviéndose de un cuervo, como de su ministro, para suministrarle cada día el dicho alimento, y habiendo socorrido también de comida por ministerio de los ángeles á innumerales siervos suyos, según refieren las historias eclesiásticas, dejó sin provisión alguna á este pobre monje en aquella extrema necesidad? ¡Ah! S. Pablo se hallaba en el desierto, solo y por inspiración de Dios y apartado totalmente del comercio de los hombres y no tenía modo alguno de procurar la comida necesaria para su sustento. Pero al referido monje no le faltaba la comida necesaria en el monasterio, que abandonó; y rehusó además el alivio de aquel hombre misterioso; y justamente Dios le castigó porque se atrevió á exigir de Dios lo que podía obtener de los hombres.

¡¡Quien no quiere la perfección por medio de las instrucciones, doctrina y dirección de los hombres, tampoco la tendrá de Dios!!

Por eso S. Jerónimo da frecuentemente este aviso: escoged un buen director, que os guíe bien por el camino de la perfección.

A Rústico recomienda que viva en compañía de hombres espirituales y bajo su dirección y que nunca presuma enseñarse á sí mismo la perfección ni se atreva á caminar

sin guía por un camino, que jamás ha pisado y está lleno de sorpresas y abismos profundos.

Escribiendo á Demetriade le dice: necesitas ponerte bajo la obediencia de personas espirituales perfectas y experimentadas para aprender de ellas las oscuras sendas de la vida espiritual, pues, la presunción de sí mismo es el peor director que en esta materia puede haber.

S. Bernardo (1) dice que quien se toma á sí mismo por maestro de la vida espiritual, se hace discípulo de un necio, porque, es un loco en obrar tan estúpidamente.

Y S. Vicente Ferrer, Ordinis Praedicatorum, afirma que jamás será asistido con la divina gracia de Jesucristo, quien pudiendo tener director no lo procura; porque, la obediencia es el camino real, que conduce á las almas con seguridad á lo alto de aquella escala de Jacob, sobre la que apareció apoyado el Señor y era símbolo de la verdadera perfección (2).

Para que hagan mayor impresión, estampemos las palabras del Ángel del Apocalypsis, S. Vicente Ferrer, taumaturgo de Europa é ilustre dominico español: *«Immo plus dico, quod numquam Christus, sine quo nihil possumus, suam gratiam ministrabit, si homo habet a quo possit instrui et deduci, et negligit vel non curat alterius ductum amplecti credens sibi sufficere, et per se posse investigare et invenire quae sunt utilia ad salutem. Ista enim via obedientiae est via regia, quae homines inoffenso pede ducit ad summitatem scalae, cui Dominus apparet innitus»* (3).

Y ¿por qué Jesucristo sumo Pontífice de la ley de gracia, no quiso curar por sí mismo á los diez leprosos del Evangelio, sino que les dijo: «Ite, ostendite vos Sacerdotibus»; y sólo yendo á cumplir este mandato, quedaron limpios de la lepra, «dum irent mundati sunt»? (4)

(1) S. Bernardus Epist. 87. — (2) S. Vinc. Ferrer, tract. de vita spirit. cap. I, n.º 1. (3) S. Vicent. Ferrer, Ord. Praed. De praxi vitae spirit. cap. I, núm. 1.

(4) Lucae, XVII, 14.

¿No era Jesucristo fuente de salud y vida? Si por cierto, dicen S. Gregorio y S. Ambrosio: mas quería el Divino Salvador enseñarnos, cómo debemos en la ley de gracia limpiarnos de la lepra del pecado y caminar seguros, mediante el ministerio de los Sacerdotes, hacia la escarpada y difícil cumbre de la perfección. Te diré, pues: «Inquire tibi aliquem fidelem virum, qui eat tecum» (1)

## ARTÍCULO II

### LA RAZÓN MISMA NATURAL PREGONA LA NECESIDAD DE UN DIRECTOR ESPIRITUAL PARA CAMINAR CON SEGURIDAD Á LA PERFECCIÓN

#### I

S. Vicente Ferrer, en su aureo tratado «De praxi vitae spiritualis» (2) dice: «Sciendum igitur, quod homo *facilius* et *breviori* tempore posset ad perfectionem pertingere, si haberet instructorem cujus regimine duceretur, cujus obedientiam in omnibus actibus parvis et magnis totaliter sequeretur, quam aliquis posset per seipsum proficere, quantumcumque vigeat acumine intellectus et libros habeat, in quibus videat virtutum omnium structuran exoratum.»

Es más: es disposición y decreto invariable de la Sabiduría Divina no conducir las almas por sí misma á la santidad, sino por los representantes y ministros suyos, que son los sacerdotes (3). Luego... Así como en la naturaleza no comunica Dios la vida ni el ser á las criaturas materiales produciéndolas por sí mismo, excepto en la creación del mundo, sino que se sirve de criaturas pre-existentes que produzcan otras, así también en el orden de la gracia, no quiere Dios guiarnos por el camino de la perfección inmediatamente por sí mismo, sino que se vale

—(1) Tobiae, cap. V, 4. —(2) S. Vicent. Ferrer, ord. Praed. cap. I, n.º 1 «De instructore.» —(3) P. Mach., trad. sept. 1. «Tesoro del Sacerdote.»

de los Sacerdotes ilustrados y espirituales, que ha constituido ministros suyos en la tierra y hecho Profetas y maestros de Israel. Y como nota S. Doroteo, esto lo hace Dios para estrechar más y más entre nosotros los lazos de unión y mutua dependencia, como discurre S. Agustín. Del mismo parecer es S. Bernardo: «Hoc vult Deus, ut homo per hominem doceatur, et minor majori subdatur.»

Y aun cuando las Divinas Escrituras y SS. PP. no proclamasen esta verdad ¿no debería convencernos de ella la misma razón natural? ¿Qué diríamos de un talento ordinario que sin reglas ni enseñanza de un experimentado maestro, se empeñase en aprender la ciencia más abstracta y sublime, en penetrar sus principios, deducir y desenvolver sus consecuencias?

Y ¿quién no tacharía de necio y mentecato al que, no conociendo el arte de navegar, osase sin piloto alguno atravesar el Océano, arrojándose temerariamente á luchar contra los vientos, empuje de las olas, acometidas de los cetáceos, peligros de las rocas y abismos profundos del mar?

Y si un ciego, sin guía y sin conocer el camino, presumiera recorrer espesísimos bosques, montañas erizadas de precipicios y abismos, repletas de eternas nieves, cuajados sus valles de pantanos y venenosos cocodrilos, de sanguinarias hienas y hambrientos lobos, ¿no diríamos que corría temerario á una segura y pronta muerte?

Y ¿qué mar hay tan borrascoso, ni desierto más temible que el proceloso mundo en que vivimos? ¿Qué camino más rodeado de peligros que el de la virtud? «In medio consistit virtus»; ¡Ay! ¡Si declinas á cualquier extremo, ya degeneras en vicio! et ¿quando judex in propria causa? Y ¡qué difícil es hallar este medio, ya por causa del amor propio profundamente arraigado en nosotros y que traidoramente nos lisonjea, ya por las pasiones, que ofuscan el entendimiento, y, haciéndonos ver las cosas al revés, nos impen siempre á culpables excesos!! ¿Qué remedio, pues,

queda? «Vade ad Ananiam, et ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere» (1); «ite, ostendite vos Sacerdotibus» (2).

Y Casiano (3) dice: si tan grande es la necesidad que tenemos de un maestro para adquirir algún conocimiento sobre las ciencias y las artes, ¿cuánto mayor será para aprender la difícilísima y sobrenatural ciencia de la santidad, que no se ve con los ojos, ni se toca con las manos, sino que solamente la divisan los entendimientos ilustrados con los rayos de la gracia divina? S. Jerónimo pasa más adelante y dice que no sólo los hombres, sino que ni aun los brutos irracionales aprenden arte ó cosa alguna sin magisterio, pues todos tienen sus conductores y guías, de quienes se dejan regular en el modo de obrar, que les es propio. Así las ovejas siguen á su cabeza, las abejas á su rey, las grullas á su capitana, formando en el aire una línea en forma de una letra (4). Y concluye S. Jerónimo, exhortando á Rústico: Rústico, no vivas á tu arbitrio, sino procura someterte á la obediencia de un discreto Director: de lo contrario, perecerás bajo las astucias de Lucifer.

Quien desee ver un ejemplo de las ventajas y utilidades de tener un Director, lea la vida de Pablo, llamado el simple (5), y cuyo guía y Padre Espiritual era S. Antonio Abad.

## II

Además, la garantía de acierto, sometiéndonos al dictamen de un Director sabio y santo, es de gran razón para no vivir jamás sin guía y Padre espiritual, pues, lo ha dicho el Espíritu Santo: «Vir obediens loquetur *victoriam*» (6); y en otro pasaje se lee: «absque terrore requiescet, et abundantia perfruetur» (7); y el libro del Deuteronomio: «En proposui in conspectu vestro hodie..... benedictionem, si obedieritis mandatis Domini Dei vestri; quae hodie praeceptio *vobis*» (8).

(1) Actus Apostol. cap. IX.—(2) Lucae, cap. XVII.—(3) Cassianus, col. 2, cap. II.—(4) S. Hieronim. Epis. ad Rust.—(5) In vita PP. «de Paulo Simpli-  
ci.»—(6) Proverbiorum, XXI, 28—(7) Proverbiorum, I. 33.—(8) Deuteronomii, XI, 26-27.

La razón de todo esto radica en la exelencia de la virtud de la obediencia, que practica el que se somete al dictamen del Director: y Dios más quiere esta obediencia que los sacrificios hechos por propia voluntad: «Numquid vult Dominus holocausta et victimas, et non potius ut obediatur voci Domini? Melior est enim obedientia quam victimae» (1).

Y ¿cómo vencer los ataques de Lucifer, librarnos de sus engaños y deshacer sus ilusiones, sin la dirección de un experimentado é imparcial director?

No hay vicio, dice Casiano, con que el demonio más fácilmente lleve á una alma á la muerte espiritual y á la eterna perdición como la presunción de regirse por sí misma sin la dependencia y consejo de personas prudentes (2).

Y trae ejemplos lamentables de personas que, habiendo subido á gran perfección, cayeron después, por dejar la dirección y quererse gobernar por su parecer, en horribles precipicios de que jamás tal vez se levantaron. Tal es el hecho de *Eron*, monje que vivió con grande aspereza en el desierto por espacio de 50 años, y después, por engaño del demonio, se precipitó desde lo sumo de la perfección á lo profundo de la desdicha, por haberse acostumbrado el infeliz á gobernarse por su propio juicio.

A Eron le persuadió el enemigo que si se echaba á un pozo profundísimo saldría ileso por divina virtud, y temerariamente ejecutó tan horrible atentado. Dios en atención á la vida tan austera que había pasado, dispuso que fuese sacado del pozo, si no sano, al menos vivo, para que tuviese tiempo de arrepentirse de tan grande culpa. Pero, como se había acostumbrado el infeliz á gobernarse, no por el juicio de otros, sino por el suyo propio, en vez de reconocer se obstinó más y más en su error, pues, en los tres días que sobrevivió al desastre, no fué posible convencerle del engaño de Lucifer, ni inducirle á detestar su grande te-

(1) II Regum. XV, 22.—(2) Cassianus, Col. 2, cap. 11.

meridad y pecado, Y así murió el desventurado con poca ó ninguna esperanza de su salvación.

A otro monje, como refiere el mismo autor, le sedujo el demonio á matar á un hijo suyo, que consigo tenía en el monasterio, pues, así se igualaría en méritos y santidad con el Patriarca Abrahan. Y creyendo ser inspiración del cielo, *sin aconsejarse de nadie, como solía*, afiló su cuchillo, propuso el lugar de sacrificio y fué á ejecutarlo; pero, el hijo más advertido y cuerdo que su padre, se dió á la fuga, librándose por este medio á sí mismo de una segura muerte, y á su padre de una grande impiedad.

Y dice Casiano (1) que el Abad Moisés no daba otro remedio para librarse de tales sujestiones que el tener uno su director y descubrirle con humildad todo su interior y gobernarse totalmente por sus consejos.

Por esto dice S. Ignacio de Loyola (2) del demonio que «se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto; porque así como el hombre vano que hablando á mala parte requiere á una hija de un buen padre, ó á una mujer de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y al contrario le displace mucho cuando la hija al padre ó la mujer al marido descubre sus vanas plabras é intención despravada, porque fácilmente colige que no podía salir con la empresa comenzada; de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen á la anima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas *en secreto*: mas cuando las descubre á un buen confesor, ó á otra persona espiritual que conozca sus engaños ó malicias, mucho le pesa, porque colige que podrá salir con su malicia comenzada en ser descubiertos sus engaños manifiestos».

### III

La gran dificultad, que existe en conocer y ejercitar las

(1) Cassianus, col. 2, cap. 10.—(2) S. Ignatii exercitia; Reg. 13, de disc. spirit.

verdaderas virtudes, reclama un experto y caracterizado director.

La virtud, excepto las teologales, radica in medio *rei*. Un poco que decline, sea á la izquierda, sea á la derecha, deja de ser virtud y se inicia el desarrollo del vicio. Y ¡cuán difícil es conocer este camino del medio, ya por causa del amor propio, ya por causa de las pasiones, que nos autosugestionan y hacen ver los objetos según el prisma de su viciado interés?

Hasta las mismas obras ex *se* santas, pueden arrastrarnos al precipicio, si no se practican bajo la dirección de un hábil Maestro. ¡Cuántos, ay, se han arruinado por un indiscreto fervor! Y, ¡cuántos han encallado en la ceguera y disolución, por no seguir los avisos de caritativos pilotos? ¡A cuántos, aún las mismas consolaciones y gracias extraordinarias, por fiarse de sí mismos ¡ay!!! han precipitado á los abismos del pecado?

¡¡¡Para cuántos los mismos ayunos, las mismas vigias, la misma maceración de la carne, practicados indiscretamente y sin dirección alguna, han sido impedimento para la misma perfección, á que aspiraban de buena fe!!!

Testifica S. Jerónimo haber conocido mujeres y hombres espirituales, que habían llegado á tal extremo de estupidez, que no sabían ni lo que hacían ni lo que decían, ni si debían hablar ó callar, por las asperezas desmedidas, que sin consejo habían practicado: los miserables, perdido totalmente el juicio, ni eran buenos para el mundo ni para Dios (1)

Por esto el Santo Doctor aconseja á Rústico lo siguiente: para que no des en al algún extremo, ni caigas en algún error; para que en el camino de la perfección no andes más ni menos de lo conveniente; para que caminando no te canses ni te detengas ni corras demasiado, ponte bajo la disciplina y dirección de algún superior.

(1) S. Hieron ad Demetr.

### ARTÍCULO III.

#### ¿QUÉ DOTES HAN DE BUSCARSE EN EL DIRECTOR?

Dice S. Basilio: «por desgracia y de ordinario no se mira si se reúnen en el Director cualidades para hacernos santos, sino si es fácil y condescendiente con nuestras faltas, si es conforme á nuestro genio é inclinación y muchas veces se fija el penitente en lo que más detestara, si se tratara de su salud corporal. ¿Quién elige un médico indocto, de mala condición é inexperto?»

S. Basilio puntualiza las condiciones de un buen director espiritual, y las reduce á tres: Doctrina abundante, bondad de vida y experiencia práctica de las cosas del espíritu.

1.<sup>a</sup> Sea *docto*. La ciencia es necesaria en el director; para que conozca los caminos del Señor, y sepa que no todos han de marchar por el mismo camino, ni con unos mismos pasos; para que conozca los lazos y errores y sugerencias en que pueden caer las almas; para que distinga el carácter de cada penitente y se aproveche de él; para que penetre el origen y raíz de los internos movimientos del corazón y sepa aplicar á tiempo la cristiana y caritativa homeopatía; para tener discernimiento de espíritus y sepa conocer cuando Lucifer se transforma *sub angelo lucis*; es necesaria la teología dogmática, la mística y la moral, pues siempre debe *iluminar*.

Santa Teresa, en el cap. 37 del «Camino de Perfección» dice: «Imformaos siempre de personas letradas, que así encontraréis el camino de la perfección con discreción y verdad.» Y en el libro de su «vida», cap. 13, dice la ilustre discípula del P. Báñez. Ord. Praed., la seráfica y simpática Teresa de Jesús: «Dios os guarde, por buen espíritu que á uno le parezca que tiene y de verdad lo tenga, que os dirijáis en todo por su dicho, si no es letrado.»

2.<sup>a</sup> Sea *piadoso*. Aunque Sta. Teresa tiene por tan importante la sabiduría en los maestros del espíritu, sin embargo no la estima como suficiente si no va junta con la bondad de vida. Y así dice en el cap. de «Fundaciones»: «Si los directores no son personas de oración, *poco ayudan las letras*.» Y en el libro de su «Vida», cap. 13 dice: «Errando muchos en querer conocer el espíritu, sin tenerlo.»

En efecto, «Ars artium regimen animarum», dice San Gregorio; y ¿quién habrá tan temerario, que presuma poder aprender y enseñar con acierto á dirigir las almas *sin el auxilio divino*? Tanto más que la enmienda y santificación del alma no es propiamente fruto de nuestra industria, sino obra de la gracia. La gracia ha de iluminar el entendimiento y ha de mover la lengua del director: la gracia ha de alumbrar aún el espíritu del penitente para comprenda sus consejos, aficionar la voluntad para abrazarlos, y dar vigor y fuerza para ejecutarlos. Y ¿cómo alcanzar esta gracia y luz mutua, sin fervientes y repetidas oraciones meritorias? Y por otra parte ¿qué celo tendrá del aprovechamiento espiritual de sus discípulos, cómo será apóstol de la perfección ajena, quién descuida la propia? ¿Qué autoridad será para el penitente, si observa que al director se le pueden aplicar las palabras del cap. IV, v. 23 de S. Lucas: «Medice, cura te ipsum»?

3.<sup>o</sup> Sea *experimentado*. Tampoco basta que el director sea docto y bueno: es también necesaria la experiencia para que sepa acomodar á casos particulares las doctrinas generales adquiridas en la especulativa. ¿De qué servirá á un médico conocer la calidad de los males, que pueden sobrevenir al cuerpo humano, y distinguir la eficacia de todas las medicinas, si errase después al aplicarlas á determinados enfermos? Errando en la aplicación, se yerra en todo. Por esto dice Sta. Teresa: «Para esto es muy necesario el Maestro, si es experimentado, que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla, ni dejarla

á sí misma entender» (1). De dos maneras se adquiere esta experiencia: con el ejercicio de la vida espiritual en sí mismo, y con la dirección de las almas de los otros y después de una atenta observación sobre las inclinaciones y tendencias del penitente, sus antecedentes y circunstancias morales, etc.

#### ARTÍCULO IV

##### CONDUCTA QUE SE DEBE SEGUIR CON EL DIRECTOR

1.<sup>o</sup> *Es necesario que descubramos con sinceridad toda nuestra conciencia*: hasta los arcanos más recónditos del corazón, v. g. pecados, defectos, pasiones, tentaciones, afectos, tendencias, aficiones, las mismas virtudes y penitencias, etc., etc., se han de manifestar al Director, que puede ser distinto del confesor.

Esta total manifestación de la conciencia es absolutamente necesaria, máxime al joven levita, que ha emprendido una carrera de santidad, erizada de escollos y peligros, y cuya vocación de apóstol del mundo ha de ser conocida, dirigida y aprobada por su prudente y santo Director.

De lo contrario, poco ó nada ayudarán las nobles prerrogativas de su Padre espiritual, como no ayudan al desapplicado discípulo las excelentes doctrinas de un sabio Maestro.

Y ¡ay del joven que se entrometiera en el sacerdocio sin la sanción y aprobación de su Director! Su condenación sería casi segura.

Y ¿quién no sabe el dicho de S. Gregorio (2). «Plerumque vitia virtutes se esse mentiuntur», que el vicio se cubre muchas veces con el ropaje de la virtud?

Además, el demonio no siempre sigue táctica directa, esto es, no siempre tienta incitándonos al mal, pues, más veces nos engaña trasfigurándose en ángel de luz (3), y

(1) S. Gregorio. past. p. p. 2, c. 9. — (2) Cor, cap. XXI, 14. — (3) Vida de Sta. Teresa, cap. XIII, 11